

PREMIAD@S POESÍA

1er PREMIO POESÍA

PLACER DE AGUA - Rosa María Álvarez Zaiño

El intenso gris de esta tarde
me sumerge en el oscuro mar
de aquella mañana de agosto.
La calidez de la marea
contrastaba con la lluvia fresca
al deslizarse por mi cara.
Cada tacto, cada matiz de sabores
penetraron en el color del momento.

Cierro los ojos y...

Siento la presión de su pecho
encendiendo el mío
y la sal derretida en su boca,
desligándome de la Tierra;
una sensación mística
que provoca un éxtasis ácido
entre sus manos y mi espalda,
donde mi pelo se dibuja,
en la humedad del deseo.

Siento aquel estío abrasador
seduciendo mi respiración
y el calor de la llama
que prendimos sobre el agua,
mientras mis piernas se enredan
en el vaivén de corrientes,
atrayendo un placer
que ahoga rosas en mi garganta.

2º PREMIO POESÍA

Desmesura y gloria - Juan Miguel Chacón Nicolau

Hybris

Aquella tarde, Adamuz era boreal,
y el mesón de Los Monteros el Partenón de Grecia:
Hermes levantaba con un solo brazo el suelo del tiempo,
las palabras desnudas
y una infinita cordillera de fracasos en las arterias, como si nada.
Como si fuera un sueño y me protegiera de Prometeo,
como si quisiera robarnos el fuego divino
de existirmos en versos indestructibles como nosotros,
que ni Pandora, liberando los males sobre la humanidad, logró detenerlo.
Pero Hermes, nunca pudo con nosotros.
Fue una locura pero sucedió:
llegó el instante en que entrabas por la puerta.
Yo sabía que nos pasaría. Y tú también,
aunque hubieran apaleado a Kairós con el veneno de Cronos,
y tú y yo lleváramos escrito el carpe diem de Horacio en los huesos de ser nosotros.
Como sabiondos repelentes ya lo sabíamos, lo vaticinó Vicente Aleixandre,
ya lo sabía el gran poeta:
Se querían, sabedlo, nos dijo a contrapalabra.
Allí estábamos tu y yo: dos amantes que desafiaban la furia de las Erinias,
que retaban a los dioses,
que luchaban en las guerras de los imperios más crueles y sanguinarias.
Pero la gente desangraba envidia cochina, sabes?
Nadie nos lo dijo, pero nos vieron siempre como desertores de Atenas y Esparta.
Yo no quise ser Leónidas, ni tú Aspasia.
Y es verdad lo que decías: eso es algo que jamás nos perdonarán.

Parménides se acercó a la mesa y me dijo
que si te miro a los ojos y siento vergüenza,
que si te miro y no me sale nada,
es un veneno que no es mortal, que Plutarco le llama amor,
como la razón, como la verdad, pero que mata.

Porque las palabras, cuando uno ama,
se desnudan o, simplemente, callan.
En el Partenón de Los Monteros, contigo,
Ana Isabel García Llorente,
el mundo dejaba de ser un volcán hipócrita en erupción,
un océano de mentiras y lava.

Ana, levántate y ponte de pie sobre la silla de ser John Keating
queriendo ser Walt Whitman en El club de los poetas muertos,
y dile a Íctinos y Calícrates, que cuando pensaron en nosotros
no éramos nadie, simplemente dos cuerpos destinados a vivir
sin milímetros de distancia.

Dile a Fidias, que no te conformas con ser Atenea
dirigiendo esta guerra buscando una paz tan nuestra,
dile que sólo soñamos con deshacer las sábanas de la existencia
en un lecho cualquiera,
donde hagamos que cada noche sea la Afrodita más despiadada.

¿Y qué fue de Hesiodo, el bueno de Hesiodo? Despiértalo a medianoche
y dile que el caos empieza y termina siempre en nosotros,
que llevamos bordada la Gea en nuestra bandera,
como Federico la literatura más alta.

Sedúcele Ana, y dile que queremos ser vencedores de la Teogonía más antigua
y que, si debemos elegir entre el pan y el Eros, nos decantaremos
siempre por ese amor que nace y crece
en esta infinita Cosmogonía tan desbocada.

Dile con rabia a Hesiodo, que el vino y la filosofía somos nosotros,
dos cuerpos que han nacido para ser flor y espina,
ese beso que siempre busca la luz de los callejones y las madrugadas,
donde imperan los labios más ardientes
y el silencio de las quimeras se impone como una ley ensangrentada.

Porque aquella tarde- ¡bendita tarde aquella!-,
me entregaste tu luz y la brujería,
la magia y la humildad de una chica de pueblo
que nunca quiso ser Hécate en su clase,
ni titánide en su barrio.
Tú soñabas con vivir escribiendo,
yo, con ser tu mismo camino, la misma muralla,
el fuego que encendiera tus antorchas,
la espada de doble filo en tu batalla.
Pero tu, nunca me diste la llave que abría todas tus encrucijadas.

Dejabas las gafas sobre la mesa sin gladiolos ni azucenas,
pero con los pinares de Maro y la Almiarja desnudos en los ojos
¡de quien tantas- tantas veces!-, habían sucumbido a falsas promesas
o invisibles fábulas.

Tú, subida a la silla de recitar la valiente poesía de ser nosotros,
como una sabia capitana,
te darás cuenta
que no somos el Abraham Lincoln de la libertad ni los solemnes acantilados
que azotan en mi, tu mar de fondo hasta la puerta de mis entrañas.

Que me perdone Ramón Muntaner!-,
yo, no soy de grandes Crónicas, ni de épicas batallas.

El mío, es un pueblo trabajador del trigo y la avena,
nací en una tierra de secano dura y amarga.

Porque ese verdor esmeralda,
ese verdor invencible de ojos de gata que me atravesaba la vida,

[la camisa de amar y la mirada,

me hace temblar cada minuto la columna vertebral
y los pulmones de respirar los poemas de tu alma.

Sophrosyne

Siempre te he dicho que si muero antes
me lleves al sur de todas las rocas y arenas oscuras, llévame a Almuñécar.
Allí los pinos rezan sobre los grandes huracanes,
allí saben de la dureza de la sal en las heridas
y de la lenta agonía de Antígona esperando la muerte.

Aunque para mí, siempre te lo he dicho, sabes?:
la gloria inmensa sería morir juntos
sentados sobre la arena, mirando las olas de playa Calaiza.
Ana, tú ya lo decías eso.
Para ti la gloria sería morir en una isleta griega mirando el mar.
Y puede que tuvieras razón.
La gloria perfecta podría ser morir en Delos,
cogidos de la mano, arreglando el mundo,
criticando los discursos de Apolo y Artemisa y seguro, seguro
que nunca te olvidarías de Milan Kundera
y de esa insoportable levedad del ser.
Sé cierto que estarías de acuerdo.
Y en nuestros últimos días,
nuestra única responsabilidad social seríamos nosotros,
existirnos en nosotros a contramundo como siempre soñamos.

Pero eso, nunca ocurrió. No llegué a tiempo.
Siempre te dije, que un día,
heredé del verde turquesa del mar,
la sal divina que me cura el dolor de tus silencios,
la nostalgia de tus quimeras.
Es, en el océano de esta sobria habitación y un papel en blanco,
cuando me resuena el perfume a hojitas de menta que llevaban tus versos,
cuando me imagino a Federico escribiendo en su humilde escritorio,
pensando la tierra madre con ese aroma a olivar de Adamuz
y a jazmín que nos dejaba siempre La Alhambra.

Pero eso nunca te lo dije -¡si supieras el gran poeta!-,
decía que el verde tierno de primavera le tenía hechizado,
y eso que nunca había conocido los pinares y acebuches de tu mirada-,
el pobre Federico, el niño Federico!
Seguramente, en el 36 hubiera escrito Poeta en Sierra Morena
si lo hubieras atravesado con ese iris verde que me hace temblar siempre,
encendiendo el fuego de Zeus en el Olimpo
con las manos llenas de esperanza.

Eso, tampoco, nunca no te lo dije,
pero cada mañana sueño que camino descalzo
hacia los pinares de la cala para vivir en tu mirada.
Y cuando me despierto, tú y yo estamos en Delos, cogidos de la mano,
con ochenta años mirando las olas del mar.
Poseidón nos protegía, había quedado atrapado como Federico,
porque tu verde aventurina de dureza siete en la Escala de Mohs,
le recordaba a Atenea, y tus versos,
la elocuencia de Calíope
y la fuerza de Anfítrite que desafiava ciclones con su danza.

Pero al final, Baudelaire, tuvo más verdad que bohemia,
más razón que Apolo y Aristóteles.
Y no hubo sueños
ni tratados de Metafísica más crueles que el día en que te fuiste,
dejando un temporal tan profundo
que va desde mis venas de escribir hasta las columnas de Heracles
con esa tristeza honda y afilada.
Estoy aquí, conversando con Mnemósine, velando tu recuerdo, Ana.
El día que muera, que me lleven a tu lado,
pero no quiero ni orquídeas ni rosas ni heroicas sinfonías.
Que nos lleven ramas de pino y arena oscura de Calaiza.
Con eso me conformaría.
Ésta sería mi paz, mi discreto adiós, nuestra gloria en calma.

Pero eso tampoco te lo dije. No llegué a tiempo, Ana.

3er PREMIO POESÍA

LA MURMURACIÓN DE LOS ESTORNINOS - Ismael Pérez de Pedro

Nosotros, los Tralfamadorianos, no vemos el tiempo de manera lineal, como vosotros, sino en todo su conjunto, a la vez, como un paisaje; por eso sabemos que es inútil intervenir, porque conocemos el irremediable desenlace.

Matadero 5 (Kurt Vonnegut)

!

Estamos aquí, somos esto. Somos
los que miramos los dedos del sabio
mientras los chinos nos hacen las uñas,
los que vamos de auténticos
pero pedimos dos cajas de envidia en *Amazon*,
los que embestimos banderas a media verónica
mientras vestimos con trajes de luces
a quienes nos la cortan.
Somos una distopía del vino,
su filoxera en germen, el envero del odio
y el estribillo amargo del fracaso.

Apenas somos eso,
las huellas del recelo en los visillos.

Nos sabemos de memoria la tabla del yo,
su melodía hipnótica,
y solo desenterramos el resto
de pronombres cuando toca llorar
sobre el brillo cruel de los participios.

Somos esos a quienes han inculcado
que la palabra **ellos** es la tercera persona
del plural de la amenaza,
y nos lo dicen tanto y de tal manera
que construimos guetos a medida
para verter en sus calles nuestra estupidez alícuota.

Repetimos la cáustica salmodia de un eslogan
como esos feligreses convencidos
de que hay un Dios que llora mucho
en las cruces negras de las miras telescópicas,
en las sandalias de marca de algunos amputados,
o en esos lavabos que huelen
al vómito naranja de la quimioterapia.

¡Que yo sea lo opuesto de nosotros!
¡Absolutismo deslustrado!, ¡gritad!,
difundamos con ira la consigna;
que nada nos importe
a dos metros cuadrados del ombligo.

Nunca admitimos lecciones de nadie,
y a fe que se nos nota.

II

Quizás la soledad sea
no tener a alguien que te escriba
o que te lleve a conocer el hielo.

Hay personas que no se hacen preguntas
porque saben de sobra todas las respuestas,
y llevan en sus ojos el lila de una ojera,
como una letra escarlata.

Y luego están aquellos que miran siempre al suelo
porque nunca encontraron nada en las alturas
que no fuera nostalgia ni granizo.

Me da la sensación de que nos mueven
como murmuran los estorninos.

Creemos ser expertos
en todo lo que ignoramos;
colgamos de las redes
nuestros odios inalámbricos
y predecimos el pasado con soltura
mientras somos incapaces
de consensuar un presente.

Entretanto hay mujeres
que caminan con una tristeza perenne
colgada de los ojos,
como si, al siguiente paso,
fuera a supurarles una lágrima,

mujeres que venden sus labios
porque hay hombres que compran
esos besos que saben
como el café de los tanatorios,
mujeres que cubren con rímel
las marcas de unos nudillos,

mujeres que se hacen las uñas
muchas más veces de las que sonrían,
y fuman en el alféizar de su desconsuelo
con una desazón híbrida y enchufable
mientras hornean, despacio, sus sueños ácimos.

Ahora hay eso tan absurdo
a lo que llaman personas de mediana edad
que no salen de casa sin un *Excel* portátil
ni un blíster de *orfidal*,

hombres que ven a sus hijos por teléfonos móviles
cuando el fracaso los llama por *Skype*,
zombis que tienden al suicidio
dos minutos después de haber donado sangre,
que corren, aunque saben
que ya han llegado tarde.

Y niños, niños sin futuro, esos niños
que envejecen a oscuras tras el brillo de una *Tablet*,
niños que se fuman en papel de arroz
la picadura de sus frustraciones,
y les importa nada, o regular de nada,
el plural de efemérides.

Hoy hay quienes pretenden que ignoremos
que, entre trinchera y fosa,
tan sólo media el tiempo,
parásitos que ríen sin piedad por un colmillo
mientras nos agrupamos todos
en la hucha final.

Lo han conseguido,
hemos mordido todos los anzuelos,
ya somos los unos para los otros
como las haches
en las conversaciones.

MENCIÓN ESPECIAL POESÍA
Marítima - Sonia Arias Saiz

¿Qué es la vida?

Sin pasión, sin sentimiento
sin volar con los sentidos, sin vibrar con los sueños
Sin sentir el palpar de las ideas
ni llorar en la caída que engrandece el nuevo intento

¿Qué es la vida sin fundamento?

Parpadea
la hermosura de tu alma
bajo el haz del infinito que decidió iluminarte
Bajo la cumbre
de un firmamento
que sabe cantar por la noche
y hacer su talento, tu arte

Reflexión
de humano pretérito sin condición
y vida codificada
De letargos
de mentes que cobran sin vida
y corazones que laten sin sangre
De agravios
de bombardeos exentos de labios
y la muerte cruzando fronteras

Ya no hay amigos de carretera
ni conversaciones anárquicas en el vagón
ya no hay aliento en las salas de espera
ni se tiende la mano al que está en el rincón

Arderán nuestras pasiones
por la Troya que pretenden arrebatarnos
y de Eurípides y Sófocles saldrá
la epopeya de nuestra tragedia

Brotan las espumas del oleaje
que ninguna mente cerrada podrá parar
estamos enfainadas y acompañados
del océano que un día nos cantó libertad

Esperanza de arena en sueños de pluma
cantinela de la acuarela que ya no quieres mojar

siempre hay rincón para la gente buena
y artistas de calle para iluminar

Grande es la vida, podrido el sistema
colapso de medios de triste verdad
perdida la gente por la billetera
que cree que los sueños se pueden comprar

Ateneas de raza sabias libertarias
buscando en el cielo lo que no está en el mar
seguimos la estela de las justicieras
con letras en fuego que de guerra hacen paz

Cattana musa, Cattana hermana
seguimos creyendo que algo puede cambiar
revolución de los vientos lírica de anarquía
mercenarias del tiempo locura por crear

Agradecida
crecida de poderío
magia de ser una libre mujer
con fuego en la lucha
y oda en las palabras
expresión de arte y arte de ser

y tumbarse en la hierba a escuchar la vida.

MENCIÓN ESPECIAL POESÍA

ESTABA EL AGUA - Ramón Llanes Domínguez

Era un ensayo de bienestar la lluvia,
y a poco de su sombra,
por las estrías limpias de los muros,
corría el agua.

Un sopor en el olvido
mientras el llanto
de la virginidad de los helechos
dibujaba contornos raros en la melancolía,
en aquella efemérides
manaba el agua.

En el soportal del río, donde los hombres
apaciguaban los modales
para entenderse en la libertad de los lenguajes,
hablaba el agua.

Contra las batallas y en las discordias,
contra la suculencia de la oscura dosis
de maldad de los testigos del miedo,
gritaba el agua.

En el adiós sin rango del mendigo,
en el gesto más impuro de la muerte,
en el hastío celestial de los ángeles,
lloraba el agua.

Por los cobardes inanimados del sable afilado
sin credencial de conciencia
ni jerga de consuelo, por la insípida piedad
de los malhechores, por el odio,

por el malvado jinete de la injusticia
se muere el agua.

Con la llegada del solsticio, pared de luces
y escándalo de chubascos,
con la mirada húmeda de la arboleda,
con la prisa del zorro
y el zumbido de las abejas
cantaba el agua.

Por ser valiente, acogedora y pulcra,
emblema de una eternidad formándose
en la sinrazón de la tierra,
por el efluvio, la huella en la arena,
la flor engrandecida, la tarde inerte,
por la idea con harapos de un abrazo,
se aplaude al agua.

Es un sueño hecho vivir honrados
sin disimulos,
crecer, agigantarnos, subsistir, pensar,
amar el prolongado misterio de lo sublime,
poseernos sin límites, comenzar con un beso,
ambicionar el horizonte,
por la complicidad del agua.

Es vida
saberse pasionalmente protegido
por la intención del agua.

THARSICIO EL VIEJO